

Jondrette, por la barricada y por Javert, no se sabe hasta dónde hubieran llegado las revelaciones de Juan Valjean, que no era hombre capaz de retroceder. Quizá Mario, después de empujarle, hubiera deseado detenerle. Nos ha sucedido á todos en circunstancias supremas hacer una pregunta y taparnos luego los oídos para no oír la contestación. Estas timideces ocurren sobre todo á los enamorados. No es prudente interrogar con exceso á las personas colocadas en situaciones siniestras, sobre todo cuando la parte indisoluble de nuestra vida está totalmente en contacto con ellas. De las explicaciones desesperadas de Juan Valjean podía brotar claridad espantosa que se extendiera acaso hasta Cosette, esparciendo una especie de fulgor infernal sobre la frente de un ángel. La fatalidad tiene esas solidaridades, en las que la inocencia misma adquiere el sello del crimen por la sombría ley de los reflejos colorantes. Las figuras más puras pueden conservar para siempre la reverberación de una vecindad horrible. Con razón ó sin ella, Mario había tenido miedo de preguntar. Sabía ya demasiado, y más trataba de aturdirse que de orientarse. Atarantado, llevaba á Cosette en sus brazos y cerraba los ojos para no ver á Juan Valjean.

En la situación de espíritu que se encontraba Mario, le causaba perplejidad dolorosa pensar que aquel hombre hubiera de tener cualquier contacto con Cosette de hoy en adelante. Pero se dejó conmovido, y suya era la culpa. Debió pura y simplemente alejar de su casa á Juan Valjean.

Estaba descontento de sí mismo. ¿Qué hacer ya? Las visitas de Juan Valjean le repugnaban. ¿Por qué aquel hombre había de volver á su casa? Mario estaba profundamente agitado, agitación que le costó mucho ocultar á Cosette; pero el amor le inspiró y llegó á conseguirlo. Solo hizo, sin objeto aparente, algunas preguntas á su esposa, que era cándida y que no receló. Le preguntó de su infancia y de su juventud, convenciéndose cada vez más de que el presidiario fué respecto á Cosette todo lo bueno, paternal y respetable que cabe en criatura humana. Lo que Mario previó y supuso era positivo. El cardo siniestro amó y protegió á la azucena.

LIBRO OCTAVO.

El crepúsculo de la tarde.

I.

El cuarto bajo.

Al día siguiente, cuando empezó á oscurecer, Juan Valjean llamó á la puerta-cochera de casa del señor Gillenormand. Basco le recibió; estaba sin duda en el patio, obedeciendo alguna orden.

Basco, sin esperar á que Juan Valjean se adelantase hacia él, le dirigió la palabra:

—El señor baron me encargó que os preguntase si queríais subir ó quedaros abajo.

—Me quedaré abajo, respondió Juan Valjean.

Basco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala baja y dijo:

—Voy á avisar á la señora.

La habitación en que entró Juan Valjean era un cuarto abovedado y húmedo, que á veces servía de bodega, y que daba á la calle; el suelo tenía ladrillos encarnados, y entraba en el cuarto escasa luz por entre los barrotes de estrecha reja.

El polvo yacía allí tranquilo. Las arañas campeaban libremente. Hermosa tela, anchamente desplegada y muy negra, salpicada de moscas muertas, giraba alrededor de los vidrios de la ventana.

Había una porción de botellas vacías amontonadas en un rincón. La pared, pintada de ocre amarillo, se iba descascarando á toda prisa. Se distinguía una chimenea con repisa estrecha de madera en el fondo del cuarto; en ella ardía lumbre, lo que indicaba que querían recibir allí á Juan Valjean.

Además de la chimenea, habían colocado dos sillones y á guisa de alfombra una manta de cama, vieja. El alumbrado de esta habitación consistía en la llama que salía de la chimenea y en la luz del crepúsculo que entraba por la ventana.

Juan Valjean estaba fatigado de tanta emoción, de pasar dos días sin comer y sin dormir, y se dejó caer en uno de los sillones.

Basco entró, dejó sobre la chimenea

una bujía encendida y se retiró, sin que Juan Valjean, que tenía la cabeza inclinada y la barba tocándole el pecho, se apercibiera ni de Basco ni de la bujía.

De repente se levantó sobresaltado. Cosette estaba detrás de él. Sin verla entrar sintió que entraba. Se volvió hacia ella y la contempló. Estaba muy hermosa; pero lo que él contemplaba con sus profundas miradas no era su hermosura, sino su alma.

—Padre, exclamó Cosette, conocía vuestras rarezas, pero no creía que llegasen hasta este extremo. Me dijo Mario que os habeis empeñado en que os reciba aquí.

—Sí; me he empeñado.

—Ya lo sabía. Pero os prevengo que voy á armar un escándalo. Empecemos por el principio; besadme.

Y le presentó la mejilla. Juan Valjean permaneció inmóvil.

—Os estais quieto! Vuestra actitud me indica que sois culpable; pero yo os perdono. Jesucristo dijo: "Presentad la otra mejilla", y aquí la teneis.

La jóven le presentó la otra mejilla, pero Juan Valjean no se movió; parecía que estuviese clavado en el suelo.

—Esto se pone serio, exclamó Cosette. ¿Qué es lo que os he hecho? Me declaro ofendida, y me debeis una satisfacción: comereis con nosotros.

—He comido ya.

—Eso no es cierto. Haré que el señor Gillenormand os riña. Los abuelos están encargados de reñir á los padres. Vamos, subid conmigo al salón. Pronto.

—Imposible.

Al llegar aquí perdió Cosette algo de terreno. Cesó de mandar y pasó á hacer preguntas.

—Imposible! Por qué? Habeis escogido para verme el cuarto más feo de la casa. Aquí se está muy mal.

—Sabeis, señora, que soy raro, que tengo caprichos...

—Señora!... Sabeis!... ¿Qué significa esto? exclamó Cosette dando una palmada.

—Habeis querido ser señora y lo sois.

—No para vos, padre.

—Dejad de llamarme padre.

—Cómo!

—Llamadme el señor Juan, ó Juan á secas, como queráis.

—¡Ya no sois mi padre ni yo soy Cosette! Que os llame el señor Juan! ¿Qué significa este cambio? ¿Qué es lo que ha pasado? En qué os he ofendido?

—En nada.

—Pues entonces...?

—Todo sigue lo mismo.

—Por qué mudais de nombre?

—Siendo vos la señora de Pontmercy, bien puedo ser yo el señor Juan.

—No os comprendo. ¡Eso es una estupidez! Pediré permiso á mi marido para que seais el señor Juan, y vereis cómo no lo consentirá. Me dais un gran disgusto. Vuestros caprichos no deben llegar hasta el extremo de causarme pesadumbre. Vos que sois tan bueno, no teneis derecho á ser malo.

Juan Valjean no respondió.

Cosette tomó con viveza las dos manos de éste, y con movimiento irresistible, levantándolas hasta el nivel de su rostro, las estrechó contra su cuello, con ademán de profundo cariño.

—Oh! le dijo. Sed bueno! Ved á lo que yo llamo ser bueno: á estar amable, á venir á vivir con nosotros, almorzar y comer en nuestra compañía y á ser mi padre.

Juan Valjean retiró las manos del cuello de Cosette y la contestó:

—No necesitais ya de padre, porque teneis marido.

Cosette se incomodó.

—Conque no necesito de padre! No tiene sentido comun lo que decís.

—Si la tía Santos estuviese aquí, repuso Juan Valjean como el que busca testigos para asirse de un cabello, sería la primera en convenir en que soy un hombre antojadizo. Esto no es nuevo. Siempre me ha gustado estar en un rincón.

—Pero aquí hace frío, aquí está oscuro. Es un antojo abominable querer que os llame el señor Juan. Me opongo resueltamente á que no me tuteeis. ¡Estoy furiosa! Desde ayer todos me haceis rabiar. No os comprendo; ni me defendeis de Mario, ni Mario me defiende de vos. Pongo mis cinco sentidos en arreglaros la habitación y me dejais desairada. Sois un hombre raro, convengo en ello; ese es vuestro carácter; pero ¿no se ha de conceder alguna tregua á los que se casan? ¿Por qué sacar á relucir tan pronto las rarezas? Vivireis muy contento en vuestra abominable casa de la calle del Hombre-Armado, que tan malos ratos me ha hecho pasar. ¿Estais resentido conmigo?

Formalizándose de repente, clavó la vista en Juan Valjean y le preguntó:

—Os pesa que sea dichosa?

La candidez, sin saberlo, penetra á veces muy hondo. Esta pregunta, tan

sencilla para Cosette, era profunda para Juan Valjean. La joven solo queria arañar y destrozaba. Su padre adoptivo palideció, permaneciendo un momento sin responder: luego, con acento indescriptible y hablando consigo mismo, murmuró:

—Su felicidad era el objeto de mi vida. Dios ahora puede quitármela, porque ya no hago falta á nadie. Cosette, eres dichosa y mi mision ha terminado.

—Ah! Me habeis tuteado! exclamó Cosette, arrojándose en brazos de Juan Valjean.

Este, desvanecido, la estrechó contra su pecho y le pareció que casi la recobraba.

—Gracias, padre! exclamó Cosette.

Aquel arrebató iba á ser doloroso para Juan Valjean. Se desprendió suavemente de los brazos de Cosette y tomó el sombrero.

—A dónde vais? le preguntó la joven.

—Me retiro, señora; os aguardan, respondió Juan Valjean; y ya en el umbral de la puerta, añadió:

—Os he tuteado, pero decid á vuestro marido que no volverá á sucederme.

Juan Valjean salió, dejando á Cosette atónita con su despedida enigmática.

II.

De mal en peor.

Juan Valjean volvió al dia siguiente á la misma hora y al mismo sitio de casa el señor Gillenormand.

Cosette no le preguntó, ni se admiró, ni dijo que sentia frio, ni habló mal de la sala; no le llamó padre ni señor Juan, y dejó que no la tuteara, pero estaba menos alegre.

Probablemente habria tenido con Mario una de esas conversaciones íntimas en las que el hombre amado dice lo que quiere, y sin explicar nada deja satisfecha á la mujer amada. La curiosidad de los enamorados no se extiende mucho más allá de su amor.

La sala baja estaba algo más arreglada. Basco habia suprimido las botellas y Nicolassita las arañas.

Las visitas de Juan Valjean continuaron siendo diarias; éste tomó las palabras de Mario al pié de la letra. Mario se lo arregló de modo que no estaba nunca en casa cuando iba Juan Valjean. Las gentes de la casa se habian acostumbrado á aquel capricho del señor Fauchelevent. La tia Santos contribuyó

á ello, diciendo con frecuencia que su amo siempre fué así. El abuelo decretó que era un extravagante y se alegró de verse libre de él.

—Ese género de extravagantes es muy comun, decia; tienen sin motivo toda clase de rarezas. El marqués de Canaples compró un palacio para vivir en las buhardillas.

Nadie entrevió la siniestra realidad, ¿ni cómo era posible adivinarla? Así hay pantanos en la India: el agua presenta aspecto extraordinario, se extremece sin que la impulse el viento, y está agitada debiendo estar tranquila. Solo se vé su superficie, pero no la hidra que se arrastra en su fondo.

Muchos hombres tambien tienen un mónstruo secreto, un mal que alimentan, un dragon que los roe. Esos individuos se asemejan á los demás; van y vienen, y todo el mundo ignora que llevan dentro de ellos un dolor parásito y horrible que les devora. Bajo este punto de vista, el hombre es como el remolino, en el que el agua, aunque está estancada, tiene gran profundidad. De vez en cuando se vé conmocion incomprensible en la superficie, se forma una ola misteriosa, que se desvanece y que luego vuelve á aparecer. Una burbuja de aire sube y revienta. Es la respiracion del animal desconocido.

De esto provienen los hábitos extremos de llegar á la hora en que los demás se marchan, de ocultarse cuando los demás se dejan ver, de buscar los paseos solitarios, de preferir las calles desiertas, de no mezclarse en las conversaciones, de llevar la llave de casa en el bolsillo, dejando la vela en la portería; de entrar por la puerta falsa, de subir por la escalera secreta; y todas las singularidades insignificantes, ondas, burbujas de aire, pliegues fugitivos en la superficie, provienen muchas veces de un fondo formidable.

Varias semanas transcurrieron de este modo. Poco á poco entró Cosette en una nueva vida: el matrimonio crea relaciones, y por consecuencia visitas, y el arreglo de la casa ocupa gran parte del tiempo. Los placeres de la nueva vida no eran costosos para ella, porque se reducian á uno solo: á estar con Mario. Su principal gloria consistia en salir con él y no separarse de su lado. Ambos gozaban paseándose asidos del brazo, solos y á la vista de todos.

Cosette experimentó la contrariedad de que la tia Santos, no pudiendo llevar-

se bien con Nicolassita, se marchó de la casa.

La salud del abuelo era excelente; Mario, de vez en cuando, defendia algunas causas; la señorita Gillenormand pasaba agradablemente con la nueva familia la vida lateral que era suficiente para ella.

Juan Valjean iba á ver á Cosette todos los dias y á la hora convenida.

Un dia ella le dijo de repente:

—Antes érais mi padre, hoy ya no lo sois; érais mi tio y no lo sois tampoco; érais el señor Fauchelevent y sois el señor Juan. No me gustan estas cosas. Si no os conociese tanto me causaríais miedo.

Juan Valjean seguia viviendo en la calle del Hombre-Armado, no pudiendo resolverse á alejarse del barrio que habitaba Cosette. Al principio solo permanecia al lado de ésta unos cuantos minutos, pero poco á poco iba alargando las visitas, como aprovechando la autorizacion de los dias, que iban creciendo tambien. Llegaba más temprano y se despedia más tarde.

Un dia Cosette le dijo maquinalmente:

—Padre!

Y un relámpago de alegría iluminó el sombrío semblante de Juan Valjean.

—Llamadme Juan, le contestó.

—Ah! es verdad! repuso Cosette riéndose; señor Juan!

—Eso es, replicó el desgraciado, volviéndole las espaldas para que ella no viese que lloraba.

III.

Se acuerdan del jardin de la calle Plumet.

Aquella fué la última vez que Juan Valjean oyó que Cosette le llamaba padre. No hubo entre ellos ya familiaridad, ni frases cariñosas, ni besos. Veíase, pues, el infeliz anciano despojado sucesivamente de todas sus felicidades; su mayor miseria consistia en que, despues de perder á Cosette de un golpe, le era preciso acabar de perderla poco á poco. Una tarde... era uno de los primeros dias del mes de Abril, cuando el calor alterna aun con la frescura; el sol desplegaba todos sus rayos; los jardines que circuián las ventanas de Mario y de Cosette experimentaban la emocion del despertar; el espino iba á florecer, los alelíes extendian sus diamantes por las viejas paredes, las bocas de lobo sonreian en las hendiduras de las piedras, empeza-

ban á asomar entre las yerbas las belloritas y los ranúnculos; las mariposas blancas salian á la escena, y el viento, ese trovador de la eterna boda, ensayaba en los árboles el preludio de la gran sinfonia matinal que se llama primavera.

Mario dijo á Cosette:

—Hemos ofrecido hacer una visita al jardin de la calle Plumet; vamos á verle; no seamos ingratos.

Volaron hácia él como dos golondrinas en busca de la primavera.

El jardin de la calle Plumet pertenecia aun á Cosette, por no haberse terminado todavia el plazo del arriendo.

Los recuerdos del pasado les hicieron olvidar allí el presente.

Al oscurecer, Juan Valjean fué, como todos los dias, á la casa de la calle de las Hijas del Calvario.

—La señora salió con el señor baron y aun no ha vuelto, le dijo Basco.

Juan Valjean se sentó silenciosamente y esperó durante una hora: viendo que Cosette no volvia, inclinó la cabeza y se marchó.

Embriagó tanto á Cosette aquel paseo á su jardin, que la tarde siguiente no habló de otra cosa á Juan Valjean, sin advertir siquiera que no le habia visto la tarde anterior.

—Cómo habeis ido? le preguntó éste.

—A pié.

—Cómo habeis vuelto?

—En un coche de alquiler.

Juan Valjean notaba hacia algun tiempo la estrechez con que vivian los dos esposos, y esto le hacia estar reflexivo. La economía de Mario era rigurosa y Juan Valjean tomaba esta palabra en un sentido absoluto, por lo que se atrevió á preguntar:

—Por qué no teneis coche propio? Una buena berlina os costaria quinientos francos al mes, y sois ricos.

—No sé, respondió Cosette.

—La tia Santos se fué de casa y no la habeis reemplazado. Por qué?

—Me basta con Nicolassita.

—Pero no teneis doncella!

—Ya tengo á Mario.

—Pues debíais tener casa propia, criados, carruaje y palco en la Opera. Si os aprovecharais de la riqueza, seríais doblemente dichosa.

Cosette no respondió.

Las visitas de Juan Valjean se prolongaban más cada vez. Siempre que éste deseaba alargar la visita y hacer olvidar la hora, escogia por tema de conversacion elogiar á Mario, y le ensalzaba

bajo todos conceptos. Obrando así conseguía Juan Valjean permanecer allí bastante tiempo. Varias veces tuvo Basco que repetir este recado:—El señor Gillenormand me envía para que recuerde á la señora baronesa que la sopa espera en la mesa.

Cuando esto sucedía, Juan Valjean se marchaba muy pensativo.

Un día se quedó más tiempo de lo que tenía por costumbre. Al día siguiente notó que no habían encendido la chimenea; justificaba esta falta con la llegada de Abril y con haber cesado el frío.

—Dios mío! Qué frío hace aquí! exclamó Cosette al entrar.

—No... contestó Juan Valjean.

—¿Habeis mandado á Basco que no encendiese la chimenea?

—Sí... estamos encima de Mayo.

—¡Pero si encendemos fuego hasta Junio! En esta cueva se necesita todo el año.

—Me ha parecido que era inútil.

—Esta es otra de vuestras rarezas, le respondió Cosette.

Al otro día estaba encendida la chimenea, pero los dos sillones los habían colocado en el extremo opuesto de la sala, junto á la puerta.

—Qué significa esto? se preguntó á sí mismo Juan Valjean.

Cogió los sillones y los puso en el sitio de costumbre junto á la chimenea. Le reanimó estar cerca de la lumbre y prolongó mucho la visita. Cuando se levantaba para marcharse, le dijo Cosette:

—Mi marido me dijo ayer una cosa, muy graciosa por cierto.

—Cuál?

—Me dijo: Tenemos treinta mil francos de renta, veintisiete mil tuyos y tres mil que me ha asignado el abuelo. ¿Te atreverías á vivir solo con los tres mil? me preguntó.—Sí; le respondí, siempre que sea á tu lado. ¿Por qué me preguntas eso? Y me contestó:—Para saberlo.

Juan Valjean calló. Cosette aguardaba de él alguna explicación probablemente, pero no la obtuvo. Se fué á la calle del Hombre-Armado, tan abstraído, que equivocó la puerta, y en lugar de entrar en su casa entró en la del lado, y no lo advirtió hasta que llegó al segundo piso. Empezó á hacer conjeturas. Supuso que Mario tenía escrúpulos acerca del origen de los seiscientos mil francos, y que dudaba de la legitimidad de su procedencia. Creería quizá que provenían de Juan Valjean, y acaso le repugnaba aceptar una riqueza sospechosa,

prefiriendo vivir pobre á disfrutar de un caudal que suponía mal adquirido. Además, Juan Valjean empezaba á comprender que le despedían. Al día siguiente al entrar en la sala se estremeció. Los sillones habían desaparecido; no había en el cuarto ni una sola silla.

—Qué es esto? exclamó Cosette. ¿Dónde están los sillones?

—Se los han llevado, respondió Juan Valjean.

—Esto ya pasa de raya!

Juan Valjean balbuceó:

—Le he dicho á Basco que se los lleve.

—Por qué?

—Porque no voy á estar más que un momento.

—Eso no es motivo para estar en pie.

—Creí que Basco necesitaba los sillones.

—Para qué?

—Para el salón. Si teneis que recibir gente esta noche...

—No recibimos á nadie.

Juan Valjean no pudo articular una palabra más. Cosette se encogió de hombros.

—Qué raro sois!

—Adios! murmuró Juan Valjean.

Salió abrumado de dolor; esta vez lo había comprendido todo.

Al día siguiente no fué á visitar á Cosette; ésta no lo notó hasta por la noche.

—El señor Juan no ha venido hoy, dijo.

Sintió que se le oprimía ligeramente el corazón, pero Mario la dió un beso y la distrajo en seguida.

Juan Valjean tampoco fué al día siguiente.

Cosette apenas lo echó de ver; pasó bien la velada, durmió profundamente por la noche, como tenía por costumbre, y solo al levantarse pensó en la ausencia de su padre adoptivo.

Envió á Nicolasita á casa del señor Juan para saber si estaba enfermo y por qué no había venido la víspera.

Nicolasita le llevó esta respuesta del señor Juan:

—No estoy enfermo, pero estoy muy ocupado. Iré lo más pronto que me sea posible. Voy á emprender el viaje que tengo costumbre de hacer, como la señora sabe.

Nicolasita, al entrar en casa del señor Juan, le repitió las mismas palabras que le había dicho su señora.

—Es verdad, hace dos días que no he ido, le contestó Juan Valjean.

Pero Nicolasita no comprendió el sen-

tido de esta observación y no se la hizo saber á Cosette.

IV.

La atracción y la extinción.

Los últimos meses de la primavera y los primeros del verano de 1833, los pocos transeúntes que pasaban por el Marais, los tenderos y los ociosos que se paraban á las puertas de las tiendas, se fijaban en un anciano que iba aseadamente vestido de negro, y todos los días á la misma hora, antes de oscurecer, salía de la calle del Hombre-Armado por la parte de la calle de Santa Cruz, pasaba por delante de la de los Mantos Blancos, llegaba á la de Santa Catalina, y torciendo á la izquierda, entraba en la de San Luis.

Llegado allí, caminaba á paso lento, con el cuello estirado, sin ver ni oír nada, teniendo siempre la vista fija en la esquina de la calle de las Hijas del Calvario. Cuanto más se acercaba á aquella esquina había más brillo en sus ojos, y cierta alegría iluminaba sus pupilas como una aurora interior, sus labios se movían como si hablase á una persona sin verla, se sonreía vagamente y andaba muy despacio. Parecía que deseaba llegar y lo temía. Cuando solo mediaban algunas casas entre él y la calle que le atraía, menguaba el paso hasta el punto de parecer inmóvil. La vacilación de la cabeza y la dirección fija de la pupila recordaban la aguja que busca el polo. Al llegar á la calle de las Hijas del Calvario se paraba tembloroso, sacaba la cabeza con timidez sombría más allá de la esquina, y miraba con ansiedad trágica algo semejante al descubrimiento de lo imposible y á la reverberación de un paraíso cerrado. Entonces una lágrima, que poco á poco se fué condensando en el ángulo de sus párpados, que pesaba ya bastante para caer, resbalaba por su mejilla, yendo á parar alguna vez á la boca, en la que el anciano sentía el sabor amargo. Permanecía de aquel modo unos cuantos minutos como si fuera de piedra, y después se volvía por el mismo camino y con la misma lentitud, y se apagaba su mirada á medida que se alejaba de allí.

Poco á poco el anciano dejó de ir hasta la esquina de la calle de las Hijas del Calvario, deteniéndose á la mitad del camino en la calle de San Luis, ya más lejos, ya más cerca. Un día se paró en la

esquina de la calle de Santa Catalina y desde allí miró á la de las Hijas del Calvario; después movió silenciosamente la cabeza de derecha á izquierda, como si se negase algo á sí mismo, y retrocedió sobre sus pasos. Pronto ya dejó de llegar siquiera hasta la calle de San Luis. En la de Pavée sacudía la cabeza y se volvía atrás. Luego no fué más allá de la calle de los Tres Pabellones. Poco después se contentó con llegar á la de los Mantos Blancos. Parecía un péndulo cuyas oscilaciones, por falta de cuerda, van acortándose hasta que al fin se para.

Todos los días salía de su casa á la misma hora, seguía el mismo trayecto, pero no lo terminaba ya; tal vez sin conciencia de lo que hacía lo iba abreviando incesantemente. Su semblante expresaba esta idea: Para qué? Su pupila se había apagado, su lágrima estaba seca y ya no se condensaba en el ángulo de los párpados. El anciano estiraba siempre la cabeza hacia adelante, la barba se le movía, daba compasión ver las arrugas de su cuello flaco. Algunas veces, cuando hacía mal tiempo, llevaba bajo del brazo un paraguas, pero no lo abría. Las mujeres del barrio decían de él: "Es un bobo." Los chicos iban detrás de él riéndose.

LIBRO NOVENO.

Suprema sombra, suprema aurora.

I.

Compasión para los desgraciados, pero indulgencia para los dichosos.

La felicidad nos hace olvidadizos. Cuando poseemos el falso objeto de la vida, que es la felicidad, nos olvidamos del verdadero objeto, que es el deber. Sin embargo, haríamos mal en acusar á Mario.

Ya hemos dicho que antes de casarse no se enteró de quién era el señor Fauchelevent, y que después temió preguntar á Juan Valjean. Le pesó la promesa que hizo por la lastimosa situación de éste, y repetidas veces se dijo que había obrado mal concediendo aquella gracia á la desesperación. Se concretó, pues, á alejar poco á poco á Juan Valjean de su casa y á borrar en lo posible su recuerdo del espíritu de Cosette. Procuró

en cierto modo colocarse siempre entre Juan Valjean y su esposa, creyendo que si ella no le veía cesaría de pensar en él.

Mario hacía lo que juzgaba necesario y justo. Creía que para alejar á Juan Valjean de su casa sin dureza, pero también sin debilidad, le asistían graves razones, como las que se han expuesto y como otras que se indicarán á su tiempo.

La casualidad le puso en contacto, durante los trámites de un pleito que había defendido, con un antiguo empleado de casa de Laffitte, y adquirió, sin buscarlas, misteriosas noticias, que no profundizó por guardar el secreto que se le había confiado, pero que, según su criterio, le obligaban á restituir á su dueño los seiscientos mil francos, y se ocupaba en hacer esta restitución lo más discretamente posible. Entre tanto se abstenía de tocar aquel dinero.

Cosette no conocía estas interioridades, pero también era digna de disculpa. Existía de ella á Mario un terrible magnetismo, que la obligaba á ejecutar por instinto y casi maquinalmente los deseos de su esposo. Sufrió respecto á Juan Valjean la imposición de la voluntad de Mario; éste no necesitaba decirla nada; ella experimentaba la presión vaga, pero clara, de las tácitas imposiciones de su esposo, y obedecía ciegamente. En este caso su obediencia consistía en no acordarse de lo que Mario olvidaba, y lo hacía sin esfuerzo alguno. No obstante, justo es decir que acerca de Juan Valjean este olvido y esta extinción solo eran superficiales.

Cosette estaba más bien aturdida que olvidada; en el fondo quería mucho al que tanto tiempo llamó padre, pero quería más á su esposo.

Esto era lo que falseó algo la balanza de su corazón, inclinándola á una parte.

Sucedía á veces que Cosette extrañaba que no volviese Juan Valjean, pero Mario la tranquilizaba diciéndola:

—Estará ausente; ya te dijo que iba á emprender un viaje.

—Es verdad, pensaba Cosette. Hacia viajes con frecuencia, pero nunca tardaba tanto.

Dos ó tres veces envió á Nicolassita á la calle del Hombre-Armado á preguntar si el señor Juan había regresado de su viaje, y le contestaban que no. Cosette no inquirió más, porque para ella en la tierra no había ya más que una necesidad: Mario. Además, los jóvenes estuvieron unos días ausentes de París; fue-

ron á Vernon á visitar el sepulcro del padre de Mario; éste consiguió poco á poco separar á Cosette de Juan Valjean.

Lo que en muchos casos se califica duramente de ingratitud de los hijos, no es siempre tan reprehensible como se cree. Es la ingratitud de la naturaleza. La naturaleza, como hemos dicho en otra parte, mira hácia adelante. La naturaleza divide á los vivientes en seres que vienen y en seres que van. Los que van dirigen la vista hácia la oscuridad y los que vienen la dirigen hácia la luz. De esto nace, pues, cierto desvío, que es fatal en los viejos é involuntario en los jóvenes.

Este desvío, insensible al principio, se aumenta lentamente, como toda separación de ramas que, sin desprenderse del tronco, se alejan. No es esto culpa suya. La juventud vá donde está la alegría, á las fiestas, á las claridades vivas, á los amores; la vejez vá al término de su carrera. No se pierden de vista, pero se afloja ya el lazo. Los jóvenes sienten el frío de la vida y los viejos el de la tumba. No acusemos, pues, á los jóvenes.

II.

Últimas palpitaciones de la lámpara sin aceite.

Un día Juan Valjean bajó la escalera de su casa, dió unos cuantos pasos por la calle, se sentó en un trasecanton, en el mismo en que Gavroche le encontró pensativo la noche del 5 al 6 de Junio; permaneció allí algunos momentos y luego subió á su habitación.

Esto fué la última oscilación del péndulo.

Al día siguiente no salió y al otro se quedó en cama.

La portera, que le preparaba su parco alimento, consistente en algunas coles ó patatas con tocino, mirando el plato, exclamó:

—Ayer no comísteis!

—Sí comí, respondió Juan Valjean.

—El plato está intacto.

—Mirad el jarro del agua. Está vacío.

—Eso prueba que habeis bebido, pero no que habeis comido.

—Porque solo tuve sed.

—Cuando se tiene sed y no se come es señal de que hay calentura.

—Mañana comeré.

—O el año que viene. ¿Por qué no coméis ahora en vez de dejarlo para mañana? No despreciéis las patatas, que están muy bien aderezadas.

III.

Pesa una pluma al que pudo levantar una carreta.

Juan Valjean cogió la mano de la vieja y la dijo con acento bondadoso:

—Os prometo que me las comeré.

—Me teneis enfadada, le respondió la portera.

Juan Valjean no veía casi más sér humano que aquella buena mujer. Hay en París calles por donde nadie pasa y casas á las que nadie vá. De éstas eran la calle del Hombre-Armado y la casa de Juan Valjean. Cuando éste aun salía, compró un crucifijo de cobre y le colgó de un clavo frente á su cama. La vista del Crucificado siempre es un alivio para el que sufre.

Transcurrió una semana sin que Juan Valjean pasease por su cuarto. Siempre estaba acostado.

La portera le dijo á su marido:

—El buen hombre que vive arriba ya no se levanta ni come; ya no tirará mucho. Las desazones lo matan. Nadie me quita de la cabeza que su hija ha hecho un mal casamiento.

El portero replicó con el acento de la soberanía marital:

—Si es rico, que llame á un médico; si no es rico, que no lo llame. Si no tiene médico se morirá.

—Y si tiene?

—Morirá también, replicó el portero gravemente.

La portera murmuraba entre dientes:

—Es una lástima! ¡Es un anciano muy limpio y muy bondadoso!

Vió que pasaba por la calle un médico del barrio, le llamó y le rogó que subiese á visitar al anciano.

—Es en el segundo piso; entrad sin inconvenientes, porque como el infeliz no se mueve de la cama, tiene siempre puesta la llave en la cerradura.

El médico subió á visitar á Juan Valjean. La portera, que le esperaba cuando bajó, le preguntó por el paciente.

—Está muy grave, dijo el doctor.

—Qué es lo que tiene?

—Todo y nada. Según parece ha perdido á una persona querida. Algunos mueren de eso.

—Qué os ha dicho?

—Que se encontraba bien.

—Volveréis?

—Sí, respondió el doctor; pero más que mi visita necesita la de un médico del alma.

Una tarde Juan Valjean, apoyándose trabajosamente con el codo, se cogió la mano y no se encontró el pulso. Su respiración era difícil y se interrumpía á cada momento. Bajo la presión sin duda de alguna idea suprema hizo un gran esfuerzo, se incorporó y se vistió.

Se puso el traje de obrero, porque no pudiendo salir de casa, le prefería á los otros. Tuvo que pararse repetidas veces para vestirse y le costó sudar mucho para poder introducir los brazos en las mangas de la blusa. Desde que vivía solo puso la cama en la antesala, con la idea de habitar lo menos posible aquel domicilio desierto.

Abrió la maleta, sacó el ajuar de Cosette y lo extendió sobre la cama.

Los candeleros del obispo estaban sobre la chimenea. Sacó del cajón dos velas de cera y las colocó en ellos. Aunque no había oscurecido aun, las encendió. Algunas veces se ven así al medio día hachas encendidas en la habitación donde hay algún difunto.

Cada paso que daba yendo de un mueble á otro le extenuaba y se veía obligado á sentarse. No le cansaba la fatiga ordinaria, que gasta la fuerza para renovarla luego; su cansancio era el resto de los movimientos posibles, era la vida que se agotaba en abrumantes esfuerzos que no debían reproducirse.

Una de las sillas donde se dejó caer estaba enfrente del espejo, que tan fatal fué para él y tan providencial para Mario, en el que leyó la carta de Cosette. Se miró á aquel espejo y no se conoció. Aparentaba tener ochenta años; antes del casamiento de Mario solo representaba cincuenta; en tan corto plazo había envejecido treinta años. Lo que surcaba su frente no eran las arrugas de la edad; era el sello misterioso de la muerte. Sus mejillas pendían; el cutis de su rostro era de ese color terroso que podía hacer creer que ya tenía encima la tierra de la fosa; los dos extremos de su boca se hundían como en la máscara que los antiguos esculpían sobre los sepulcros. Miraba al cielo en ademán de reproche; pudiera tomarse por uno de esos grandes seres trágicos, víctimas del destino inexorable.

Se encontraba en la última fase de la agonía, fase en la que ya el dolor no

fluye; está, por decirlo así, coagulado. Anocheció. Arrastró penosamente una mesa y el sillón viejo junto á la chimenea y puso sobre la mesa pluma, tintero y papel.

Este esfuerzo le desmayó.

Cuando recobró los sentidos tenía sed, y no pudiendo levantar el jarro, le inclinó penosamente hácia la boca y bebió un poco. Despues se volvió hácia la cama, siempre sentado, porque no podia permanecer en pié, y clavó los ojos en el traje negro de Cosette.

Esta clase de contemplaciones duran horas que parecen minutos.

De repente le estremeció un temblor, y figurándose que iba á morir, se apoyó en la mesa que alumbraban los candeleros del obispo y cogió la pluma.

Como la pluma y la tinta no habian servido en mucho tiempo, la primera tenía los puntos encorvados y la segunda estaba seca: le fué, pues, preciso levantarse y poner algunas gotas de agua en el tintero, lo que ejecutó parándose y sentándose dos ó tres veces, y luego tuvo la molestia de escribir con el dorso de la pluma. De vez en cuando se enjugaba la frente.

Le temblaba la mano. Con mucha lentitud escribió las siguientes líneas:

"Cosette, te bendigo. Voy á explicártelo todo. Tu esposo ha tenido razon en darme á entender que debia marcharme; aunque haya padecido algun error en lo que ha creído, en el fondo tiene razon. Es un hombre excelente. Quiérele mucho. Señor de Pontmercy, amad siempre á mi querida niña. Cosette, encontrarás este papel y en él lo que quiero decirte. Vas á saber los guarismos, si tengo fuerzas para recordarlos. El dinero que te he dado es tuyo y muy tuyo. Lo vas á saber todo. El azabache blanco viene de Noruega, el azabache negro de Inglaterra, los abalorios negros de Alemania. El azabache es más ligero, mejor y más caro. En Francia pueden hacerse imitaciones como en Alemania. Se necesita para eso un yunque pequeño, de dos pulgadas cuadradas, y una lámpara de espíritu de vino para ablandar la cera. La cera en otro tiempo se elaboraba con resina y negro de humo, y costaba á cuatro francos libra, pero á mí se me ocurrió hacerla con goma laca y trementina, que cuesta solo franco y medio y que es preferible. Las hebillas se hacen con vidrio violado, que se pega, con esta cera, en una planchita de hierro negro. El vidrio ha de ser violado para las alhajas de

hierro y negro para las de oro. España compra gran cantidad: es el país del azabache..."

No pudo ya continuar. La pluma se le cayó de los dedos y le acometió uno de esos sollozos desesperados que le subian por instantes desde lo más hondo de su pecho. El desgraciado se cogió la cabeza entre las manos y se hundió en la meditación.

—Oh! Todo ha acabado para mí! No la volveré á ver. Voy á sepultarme en la noche eterna. Si Dios me concediera un minuto oír su voz, tocar su ropa, mirarla, despues moriría contento. Morir no me importa, pero morir sin verla es horrible. Quiero ver una sonrisa suya y oír una palabra de su boca. Esto no perjudica á nadie. Pero no, todo ha acabado para mí, todo. Dios mio! Dios mio! ¡No la volveré á ver!

En aquel momento llamaron á la puerta.

IV.

Botellas de tinta que sirven para blanquear.

Aquella tarde, cuando Mario se levantaba de la mesa y entraba en su gabinete para examinar unos autos, Basco le entregó una carta, diciéndole que la persona que la habia escrito estaba en la antesala.

Cosette, llevando del brazo al abuelo, se paseaba por el jardín.

Hay cartas que, como ciertos hombres, tienen mala catadura. Repugna ver el papel basto y la manera tosca de cerrarlas. La carta que Mario acababa de recibir pertenecía á esta clase. Al tomarla percibió olor á tabaco, que despertó en él una série de recuerdos. Leyó el sobre, que decia: *Al señor baron Pontmercy. En su casa.* El olor del tabaco le hizo conocer la letra.

Pudiera decirse que del asombro se desprenden relámpagos; uno de esos relámpagos iluminó á Mario.

El olfato, misterioso auxiliar de la memoria, acababa de hacer revivir en él todo un mundo. Aquel era el papel, la manera de doblarlo, el color de la tinta y la letra que conocia de Jondrette. Por una extraña casualidad se le presentaba uno de los dos hombres que deseaba encontrar y que tan solícito buscó.

Abrió la carta y leyó lo que sigue:

"Señor baron:

"Si el Sér Supremo me hubiese dado talento, hubiera podido ser el baron

Thenard, miembro del Instituto, pero no lo soy. Me llamo como él y me conceputaré feliz si este recuerdo me recorda á la excelencia de vuestras bondades. El beneficio con que me honreis será recíproco. Poseo un secreto que concierne á un individuo, y este individuo os concierne. El secreto está á vuestra disposición. Os proporcionaré un medio sencillo de arrojar de vuestra digna familia á ese individuo que no tiene derecho á estar en ella, pues la señora baronesa pertenece á una clase elevada. El santuario de la virtud no puede cohabitar más tiempo con el crimen sin mancharse.

"Espero en la antesala las órdenes del señor baron.

"THENARD."

La firma era verdadera, aunque abreviada; además, el estilo y la ortografía completaban la revelacion. El certificado de origen era evidente. No era posible dudar.

Mario quedó profundamente emocionado. Tras el movimiento de sorpresa experimentó un movimiento de felicidad. Si lograba encontrar ahora á su salvador, realizaba los dos mayores deseos de su vida.

Abrió un cajón de la papelería, tomó algunos billetes de Banco, los guardó en el bolsillo y tiró de la campanilla. Basco asomó la cabeza.

—Que entre, dijo Mario.

Poco despues Basco anunció:

—El señor Thenard.

Entró un hombre, que causó la segunda sorpresa de Mario, porque le era completamente desconocido.

El personaje que introdujo Basco era de edad avanzada, de nariz abultada, hundida la barba en la corbata, gastaba anteojos verdes y dobles, y peinaba el pelo traído sobre la frente hasta el nacimiento de las cejas. Vestia de negro de piés á cabeza, con ropa muy usada, pero limpia; del bolsillo le salian unas cuantas baratijas, con pretensiones de sellos de reloj. Llevaba en la mano un sombrero viejo. Iba algo encorvado, y aumentaba la curvatura de su espalda lo profundo del saludo.

Lo que á primera vista sorprendia era que el traje de este personaje era demasiado ancho y no parecia cortado para él.

Permítasenos una breve digresion.

Vivia en Paris en aquella época, en la calle de Beautreillis, cerca del Arsenal, un ingenioso judío, que tenia por

profesion convertir al pícaro en hombre honrado por uno ó dos dias, pagándole franco y medio diarios, á cambio de proporcionarle un traje que se pareciese todo lo posible al que usan los hombres honrados. Este ropero alquilador era el *cambista*; así le habian bautizado los rateros parisienses. Poseia un vestuario completo y adecuado á las diferentes clases de personas. De cada clavo de su almacén pendia una condicion social, gastada y ajada; aquí el traje de magistrado, allí el de cura, allá el de banquero; en un rincón el uniforme de militar retirado, en otro el traje de literato y más allá el de hombre de Estado. El *cambista* era el guardarropa del inmenso drama que los tunantes representan en Paris. Su casa era la decoracion de donde salia el robo y adonde entraba la estafa. El bribón haraposo entraba, dejaba franco y medio y elegia el traje á propósito para el papel que se habia propuesto ejecutar; cuando bajaba la escalera para salir, tenia ya facha de persona decente. Al dia siguiente devolvía el traje; y al *cambista*, que alquilaba su guardarropa á los ladrones, nunca le robaban éstos.

Si Mario hubiera conocido las instituciones secretas de Paris, con poco trabajo hubiera descubierto en el extraño personaje que tenia delante el traje del hombre de Estado del guardarropa del *cambista*.

El disgusto que experimentó Mario viendo entrar á un hombre diferente del que esperaba, recayó sobre el recién venido. Le examinó de piés á cabeza mientras le saludaba, y le preguntó secamente:

—Qué se os ofrece?

El personaje, sonriéndose, le dijo:

—Me parece imposible que no haya tenido antes de ahora el honor de ver al señor baron. Creo haberle encontrado años atrás en casa la señora princesa Bagration y en los salones de su señoría el vizconde Dambray, par de Francia.

Es hábil práctica en los pícaros aparentar que conocen á personas desconocidas.

Mario escuchaba con atencion á aquel hombre, espionando su acento y su gesto, pero le desconcertó su pronunciacion gangosa, distinta del acento ágrico y seco que se imaginaba oír. Estaba desorientado.

—No conozco á esos señores; en mi vida he puesto los piés en sus casas.

La respuesta era contundente; sin em-